

El mal de la informalidad

En *Vuelva usted mañana*, Mariano José de Larra, aquel escritor romántico que se suicidó por desamor (el desamor de una mujer casada y el desamor de España), narra las peripecias que un ciudadano francés debe padecer durante casi un año para realizar (finalmente no solucionó nada) unos trámites que en su país hubieran durado diez días. Viene a pelo mentar el artículo que Larra escribió en 1833 porque al releerlo he caído en lo poco que han cambiado las cosas desde entonces.

Ya dijimos que tratar con la Justicia es abonarse a una lotería, y no puede ser de otro modo cuando la sentencia sale al cabo de los años, después de haber interrogado a los testigos por lo que pasó la noche de aquel día de hace ni se sabe. Con la Administración pasa algo parecido: no hay país en el mundo con más Administraciones, y dudo que en cualquier otro sitio sean necesarios tantos impresos e informes como aquí. Aunque este tema lo conozco de primera mano y para él me reservo un artículo o dos. Lo que me anima a escribir éste es el *vuelva usted mañana* de algunos de éstos que antes se llamaban artesanos y que ahora sus clientes cabreados llaman con no poca sorna *artistas*. Son carpinteros, fontaneros, electricistas, albañiles, escayolistas, herreros, pintores y otros técnicos de oficios parecidos o asimilados, todos ellos autónomos, a los que se acude en demanda de un servicio y que en no pocas ocasiones responden empeñando su palabra con un trabajo que, según ellos, dará cumplida satisfacción de lo que se les demanda en el tiempo requerido. Los hay que, como empresarios honrados y formales, se ajustan a las fechas o las posponen en un tiempo prudencial o, al menos, avisan de la dilación, y los hay –para desgracia de los cumplidores, pues suelen pagar por los pecadores los justos–, que se obligan en más de lo que pueden, que tienen por sistema el enredo y que son incapaces de cumplir con una fecha cierta, pues se niegan a sí mismos una vez y otra, faltándote al respeto con la misma mentira y el mismo rollo del *vuelva usted mañana*.

Lástima le tengo a quien se haga por su cuenta una casa, aunque sea mi más enconado enemigo, pues no sabe hasta qué punto se echa la cruz a costas para iniciar el camino hacia su particular calvario: de entre todos los artesanos (quizá debería llamarlos operarios o quizá técnicos) que han de pasar por la obra, habrá muchos que cumplan, pero no ha de faltarle al menos uno que teja ante él una maraña de promesas y cumplimientos a medias que fatalmente habrá de conducirlo al abandono y a la impotencia.

Larra atribuía a la pereza de los españoles el mal de la informalidad. Yo, que no soy Larra ni vivo en su época, no creo que los incumplidores de ahora sean unos vagos, al contrario, creo que son muy trabajadores, y atribuyo el mal de la informalidad a que quienes lo padecen son unos estafadores y unos malos empresarios: son estafadores de tiempo, porque con artificios o engaños y ningún ánimo de cumplir te quitan lo más preciado que tenemos, el tiempo, y malos empresarios porque nadie puede estar estafando a todo el mundo, continuamente, sin ser descubierto. La informalidad acaba por hacerse pública y el informal acaba por no tener a quien tejer enredos. O al menos eso es lo que debería ocurrir si hubiera artesanos suficientes.

Juan Bosco Castilla